Año: XII, Diciembre 1971 No. 260

Algunas Observaciones Sobre Brechologia

P.T. Bauer y John B. Wood

PETER T. BAUER es Profesor de Economía con especial referencia los Países Subdesarrollados y al Desarrollo Económico en la Escuela de Economía de la Universidad de Londres. Es autor de numerosas obras, entre las cuales cabe citar especialmente The Economics of Underdeveloped Countries, escrita en colaboración con el Profesor B. S. Yamey, publicada en español con el título de Economía de los Países Subdesarrollados por la Editorial Humanidades de México. JOHN B. WOOD es Subdirector del Institute of Economic Affairs de Londres. El título original del trabajo Some Observations on «Gapology» con el cual se hace referencia al gap o brecha que, según una tesis popular, separa en magnitud cada vez más creciente, el producto y los niveles de vida de los países pobres y los países ricos. Ha parecido oportuno traducir el término «apology» por el neologismo equivalente de «brechología». El trabajo que seguidamente se reproduce fue originalmente publicado en la Revista británica Economic Age, en la entrega correspondiente a Noviembre-Diciembre de 1969.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, la opinión popular acerca de los países subdesarrollados ha estado siempre dominada por algún slogan o consigna, que ha suministrado una respuesta simple a lo que constituye una serie compleja de problemas. A principios de la década de 1950, por ejemplo, la mención de los países subdesarrollados originaba una referencia inmediata al «círculo vicioso de la pobreza». Actualmente, la respuesta automática es la de que «los países ricos se hacen más ricos en tanto que los países pobres se hacen más pobres»; es decir, que existe una brecha amplia e inevitablemente creciente entre los ingresos y los niveles de vida de los países ricos y de los países pobres. Lo que se ha escrito en torno a esta línea de pensamiento basta casi para estructurar un tema de estudio independiente, que, por razones de conveniencia, llamamos teoría de la brecha o «brechología». Este artículo presenta unas cuantas observaciones encaminadas a mostrar por qué la brechología carece de toda base razonable.

No es difícil ver cómo se ha desarrollado la noción de brechología. Ha sido durante mucho tiempo algo inherente a la situación y ha surgido de modo natural de las ideas que han estado en boga durante las dos últimas décadas. El «círculo vicioso de la Pobreza», en el cual se suponen atrapados los países subdesarrollados, explica la apertura de la brecha. Desde entonces, la opinión en boga ha insistido en que los términos del intercambio han variado, y siguen siempre variando implacablemente, en contra de los países subdesarrollados. Esto sólo puede tener el efecto de ensanchar la brecha. (De hecho, los términos del intercambio, ya sea de mercancías o de factores, rara vez han sido más favorables a los países subdesarrollados).

Después se ha sostenido la opinión asociada particularmente al Profesor Myrdal, de que el desarrollo económico sustancial de un país subdesarrollado tiene que conducir, inevitablemente, a un déficit en su balanza de pagos, es decir, a un mayor endeudamiento del país en cuestión con el mundo desarrollado.

Un mito universal

Se ha integrado después en el mito universal la creencia de que los países ricos se enriquecen, en una gran medida, a expensas de los países pobres, lo que constituye una clara visión de cómo opera la brecha.

Ha sido finalmente sugerido, frecuentemente por organizaciones bien intencionadas pero de mentalidad confusa, que el hambre es una característica general de muchos países subdesarrollados, lo cual coloca a la brecha, por decirlo así, en su punto más extenso y completo. Esta tesis está tan vagamente enunciada (a veces se dice que un tercio de la población mundial sólo tiene para comer la mitad de lo suficiente, y otras veces se dice que la mitad de la población sólo tiene para comer la tercera parte de lo suficiente) que carece de todo poder de convicción. No puede, en todo caso, explicar por qué hay países que padecen inanición, al propio tiempo que su población crece rápidamente.

Por supuesto, todas estas opiniones son falsas. Pero tienen un considerable valor propagandístico. Suministran un argumento en favor de la ayuda exterior y, en la medida que parecen justificar también la idea de una brecha cada vez más extensa, prestan apoyo a la tesis de una redistribución masiva de la riqueza entre los países, a través de un impuesto internacional y progresivo sobre la renta, cuyo paso inicial podría verse en la ayuda exterior.

Si existiera una brecha extensa y creciente entre los ingresos de los países ricos y los países pobres, ¿no debería trascender esto de una manera completamente inequívoca de las estadísticas? De hecho, pocos seguidores de la teoría de la brecha citan cifras en apoyo de sus asertos. Es más, resulta notable que han sido los Estados Unidos, el Reino Unido y Bélgica todos considerados desde hace tiempo como países «ricos» los que han sido criticados por sus bajas tasas de crecimiento, mientras que una serie de países considerados como «subdesarrollados», como Japón, Malasia, Tailandia y Hong Kong, han crecido muy rápidamente. El crecimiento rápido no está tampoco confinado al Asia. De acuerdo con la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), hay pocas señales de que se esté ensanchando la brecha en su área. Desde 1945 hasta 1955, la tasa media de crecimiento del ingreso nacional de los países latinoamericanos fue del 4.5 por ciento anual, y la de crecimiento del producto per cápita del 2.4 por ciento; siendo ambas tasas apreciablemente más elevadas que las cifras correspondientes de los Estados Unidos.

Gradación de la riqueza

Cualquier división entre «ricos» y «pobres» es totalmente arbitraria, ya que lo que realmente existe es una gradación continua de la riqueza. Ninguna clasificación que se haga hoy muestra el hecho de que países considerados recientemente subdesarrollados no se consideran ya así y han sido trasladados a un grupo diferente como ocurre, por ejemplo, con el Japón y tal vez con Italia. Apenas necesita señalarse que la idea de una brecha amplia y creciente entre países ricos y países pobres es incapaz de explicar el fenómeno de la decadencia económica, del que son obvios ejemplos el Imperio Romano (y todos los imperios que le precedieron) y más recientemente España y Venecia. Más aún, todos los países desarrollados fueron subdesarrollados en una etapa; de ahí que todos los intentos de medir los cambios en la brecha tienen que dejar sentado con toda claridad desde cuándo datan las mediciones de la brecha.

El aspecto más significativo de toda la gama de puntos debatidos (que no sólo llenan la literatura corriente sobre el desarrollo, sino que también determinan los supuestos sobre los que descansan las finanzas públicas de Occidente) es que la discusión tiene lugar enteramente en términos de desigualdades. Pero esta es una palabra incorrecta, y proporciona un ejemplo interesante del daño que causa el uso equivocado del lenguaje.

La comparación entre ingresos, ya sea entre personas o entre países, debe propiamente hacerse en términos de diferencias y no de desigualdades. La «desigualdad» implica, de manera inmediata, la idea de injusticia, de situación censurable, que debe (y puede) ser rectificada. Por el contrario, la palabra «diferencia» es neutral y no evoca ninguna idea preconcebida. El ingreso per cápita de la India es *diferente* del ingreso per cápita de Estados Unidos; pero ¿se describe este hecho sensatamente hablando de «desigualdad» de ingresos entre ambos países? ¿Tiene sentido suponer que los ingresos de Estados Unidos (entregados al progreso material y criticados por ello) *deberían* ser los mismos que en la India (dedicada a un modo de vida contemplativo, más bien que adquisitivo y criticada por eso)? Son diferentes, pero eso no quiere decir que no sean equitativos.

Hay otras objeciones especiales al uso del término «desigualdad». Es, en efecto, a menudo ambiguo, por cuanto la igualdad de ingresos con arreglo a un criterio puede resultar desigualdad con arreglo a otros; por ejemplo, la igualdad de salarios a destajo o por hora implica normalmente diferencias en el ingreso anual. Asimismo, en toda comparación de ingresos medios entre grupos de distinta composición de edades, la igualdad de ingresos medios en los mismos grupos de edad implica necesariamente diferencias entre los ingresos medios de los grupos en su conjunto.

¿Diferencias o igualdades?

Referirse a las diferencias, en vez de a las desigualdades, está menos expuesto a esas objeciones. Por encima de todo, referirse a desigualdad, para denotar diferencias, prejuzga la conclusión de que las diferencias son anormales y censurables. Tales referencias obstruyen todo examen de los factores que explican las diferencias de ingresos y toda consideración de las ventajas, costos e implicaciones inherentes al intento de eliminarías.

La idea de desigualdad sugiere en cierto modo que las actividades de aquellos cuyos ingresos superan el promedio han perjudicado la situación material y las posibilidades de los demás, lo que es falso. La exposición debe, por lo tanto, hacerse en términos de diferencias y no de desigualdades.

Es más, en las discusiones sobre la ampliación de la brecha entre los ingresos no se intenta en ninguna parte definir lo que se entiende por brecha ni exponer sus interpretaciones contradictorias. Las afirmaciones comunes acerca de la brecha y de su supuesta tendencia a crecer no especifican siquiera si se refieren a diferencias de magnitudes *absolutas* o diferencias proporcionales del nivel de ingresos de países desarrollados o subdesarrollados. Esta distinción es importante, porque los dos tipos de diferencias pueden moverse en direcciones opuestas. Un sencillo ejemplo numérico ilustrará este punto, tan obvio como ampliamente ignorado. Supongamos dos categorías de personas cuyo ingreso medio es de 50 y 100 unidades en el primer período y de 900 y 1,000 unidades en el segundo período.

La brecha en los ingresos se ha duplicado, pero la diferencia relativa se ha reducido en cuatro quintos.

Cuestión de proporción

En casi todos los aspectos, lo que generalmente se considera interesante y relevante son las diferencias relativas o proporcionales. Por ejemplo, en Gran Bretaña, en 1969, se considera que la diferencia entre ingresos anuales per cápita de 1,500 y de 500 libras esterlinas es más significativo que la diferencia entre ingresos de 30,000 y de 28,000 libras esterlinas, aun cuando la magnitud absoluta de la brecha entre los primeros es solamente de la mitad de la existente entre los segundos.

Cuando el nivel absoluto de los ingresos muestra un incremento secular, la brecha entre el nivel absoluto de los ingresos medios de dos grupos elegidos al azar aumentará porque las magnitudes absolutas son mayores. Es más, las principales influencias (tales como la creciente capacitación de la población y la acumulación de capital) que originan incrementos duraderos en los ingresos mundiales y que, por tanto, aumentan normalmente las diferencias *absolutas* entre grupos elegidos al azar, tienden a reducir las diferencias *relativas* entre ciertos grupos importantes. Esto es así porque reducen la escasez relativa de los recursos poseídos por las categorías más prósperas de la población, en comparación con los poseídos por las categorías más pobres. A causa de la elevación del nivel absoluto del ingreso, las diferencias *absolutas* entre los ingresos de la decida más alta y la decida más baja de la oblación de Gran Bretaña son hoy casi ciertamente mayores que hace doscientos años, pero con el mejoramiento de la situación de la mano de obra no calificada, la diferencia *proporcional* o relativa se ha reducido casi con certeza.

Problemas de medición

Para que tenga sentido la discusión es indispensable establecer una clara distinción entre la brecha en las magnitudes absolutas y la brecha en las diferencias proporcionales Esta distinción no suele hacerse al exponer la posición y las perspectivas de los países subdesarrollados.

Aun cuando se conviniera en que la comparación apropiada es la del cambio de la relación entre el ingreso per cápita de los países ricos y el ingreso per cápita de otros países durante un período especificado, todavía quedarían en pie todos los problemas comunes que suscita la medición de esas magnitudes. Tales comparaciones están sujetas a márgenes de error muy grandes. Los tipos de cambio utilizados subestiman el poder adquisitivo interno del dinero de los países subdesarrollados; con frecuencia, los servicios intrafamiliares y la producción de subsistencia o casi subsistencia, que son mucho más importantes en los países pobres, son a menudo ignorados o generalmente subvalorados en las estadísticas oficiales; algunos bienes y servicios convencionalmente considerados como ingreso e incluidos, por lo tanto, en el mismo, deben ser considerados como costos de producción (es decir, como para el consumidor, tal como sucede con el traslado al lugar de trabajo), y éstos son mucho más importantes en los países ricos que en los países pobres. Otros problemas surgen por la existencia de actitudes diferentes en cuanto al ocio y en medida importante con motivo de los efectos del clima sobre las necesidades de alimentos y de vestido.

Todos estos y otros factores han sido examinados recientemente por el Dr. Dan Usher, quien ha sostenido que mientras las comparaciones estadísticas convencionales surgieren, por ejemplo, que el ingreso nacional per cápita del Reino Unido es 14 veces mayor que el de Tailandia, la relación efectiva (de niveles reales de vida) se aproximaba más a tres a uno. Escribe, en efecto:

«... la comparación convencional muestra que el ingreso nacional per cápita del Reino Unido es alrededor de 14 veces el de Tailandia. Nuevos cálculos hechos por el autor, teniendo en cuenta diversos factores de error existentes en la comparación, sugieren que la relación efectiva de los niveles de vida es aproximadamente de tres a uno. Aun cuando se duplicará la nueva relación calculada, el cambio en el orden de magnitud es suficientemente grande para afectar nuestra manera de pensar acerca de los países subdesarrollados» (1)

Pero ni siquiera ese nuevo cálculo pone fin a las dificultades. Las comparaciones internacionales de ingresos per cápita resultan adicional e intensamente afectadas por diferencias en la composición de edades de la población. Si son iguales los ingresos per cápita del mismo grupo de edades en dos poblaciones diversas, el promedio del conjunto de cada una de las dos poblaciones diferirá si es diferente la composición de edades de una y otra población. En los países subdesarrollados, dicha composición suele diferir de una manera significativa de la de los países desarrollados, a causa de una proporción mucho más alta de menores, que tienen ingresos y necesidades apreciablemente inferiores a los adultos. Las comparaciones de ingresos per cápita que no estén ajustadas por las diferencias en la composición de edades confunden, en efecto, las diferencias en los niveles de ingreso con las diferencias en la composición de edades. Este problema es nuevamente ignorado en las comparaciones internacionales ordinarias. Y una vez más, las diferencias y los ajustes requeridos no son simplemente marginales. Las diferencias en la composición de edades entre países pobres y países ricos son muy grandes, y también lo son por lo tanto las subestimaciones comparativas de los ingresos de aquellos, en comparación con los cálculos que resultarían sobre la base de una estructura uniforme de edades.

Hasta aquí nos hemos referido a algunas de las dificultades estadísticas que suscita la comparación. Pero el concepto de «brecha» es dinámico, puesto que se sugiere la existencia de una «brecha» *creciente*, y esto significa que se toman en cuenta (*interalia*) cambios en la tasa de mortalidad y, por tanto, en la esperanza media de vida. Eso requiere afrontar problemas fundamentales de concepto y de medición.

Durante los últimos 50 a 80 años, la población de los países subdesarrollados ha aumentado grandemente, habiéndose multiplicado por un factor comprendido entre dos y cinco. Esto ha sido consecuencia de una reducción de las tasas de mortalidad, especialmente de la mortalidad infantil, resultado que implica una esperanza de vida más larga. La posición de los que han dejado de morir ha mejorado ciertamente, lo mismo que la de aquellos cuyos hijos continúan viviendo. Así, la manera usual de extraer conclusiones del ingreso per cápita oscurece importantes problemas conceptuales, cuando la medición del ingreso ignora las satisfacciones derivadas de vivir más tiempo. Como consecuencia de una reducción sustancial de las tasas de mortalidad en todo el mundo subdesarrollado, han sobrevivido grandes cantidades de hombres que de no ser por esto no estarían allí, lo cual afecta las discusiones acerca de las diferencias entre los ingresos medios de los países desarrollados y subdesarrollados. Las discusiones convencionales implican también que

una elevada tasa de natalidad refleja incapacidad, más bien que falta de voluntad, para controlar los nacimientos.

El crecimiento de la población

Durante períodos considerables de los últimos tiempos, y especialmente a partir de 1930, las tasas de crecimiento de la población de muchos países subdesarrollados han sido más altas que en la mayoría de los países desarrollados. Una tasa diferencial de aumento de la población entre países ricos y países pobres origina un cambio en los números relativos, que afecta directamente la medición de las diferencias internacionales de los ingresos y de los cambios en estas diferencias. Las diferencias, tanto absolutas como proporcionales, entre los ingresos medios per cápita de los países ricos y de los países pobres pueden aumentar, aunque los ingresos per cápita en los países pobres crezcan con mayor rapidez que en los países ricos, si la tasa de aumento de la población es más rápida en los países de mayor pobreza dentro del grupo de países pobres.

El descenso de la tasa de mortalidad en muchos países subdesarrollados ha sido en gran parte consecuencia de la supresión o reducción del hambre, las enfermedades, la mortalidad infantil, las cacerías de esclavos y las guerras tribales. Algunos de estos cambios reflejan, a su vez, cambios trascendentales en las condiciones de vida, que han ocurrido en muchas partes del mundo subdesarrollado en las últimas décadas. Por su parte, las estadísticas convencionales sobre cuentas del ingreso nacional, que operan con conceptos y métodos derivados en gran parte de economías caracterizadas por el predominio de las relaciones monetarias, reflejan o expresan una vez más inadecuadamente tales cambios trascendentales.

Defectos básicos

Las limitaciones y deficiencias de las comparaciones de ingresos entre los países ricos y los países pobres ponen también de relieve los defectos básicos del ingreso nacional, en cuanto índice del bienestar económico. Las estadísticas del ingreso nacional son útiles como conceptos contables y como medios de estimar el volumen de bienes y servicios disponibles en un país, para diferentes propósitos, durante períodos determinados. Pero su utilidad para este propósito no se extiende a las comparaciones internacionales o intertemporales, ni, *a fortiori*, a las cuestiones de la medición del bienestar. Los conceptos contables que describen, agregan, clasifican y miden el volumen y los flujos de bienes y servicios se encuentran en un plano diferente que los instrumentos y medios requeridos para analizar y comparar equivalencias psicológicas de modos de vida(2)
Expresar en una sola cifra de ingreso los diversos componentes de las condiciones económicas de una persona es ya una simplificación. El elemento de simplificación es mucho mayor cuando se promedian las condiciones de un gran número de personas y grupos diversos, tal como, por ejemplo, de la población de un país, y se expresan como una sola cifra de ingreso per cápita. El proceso de simplificación se lleva aún más lejos cuando se comparan estos promedios entre comunidades diferentes, con composiciones de edades muy distintas y que viven en condiciones sociales y físicas extremadamente diversas. Las discusiones sobre diferencias de ingresos tienen solamente sentido cuando las condiciones sociales y físicas de vida de la población a que se refieren son apreciablemente similares.

Estas consideraciones se aplican aún más intensamente a las comparaciones de cambios experimentados a través del tiempo por estas diferencias en los promedios.

Y aun cuando las estadísticas de estos promedios, así como de las diferencias y cambios en su magnitud, fueran mucho más confiables y significativas de lo que son en realidad, no serían todavía utilizables como índices del bienestar, que es un estado psicológico. El uso extensivo pero injustificado del ingreso per cápita para las comparaciones internacionales de las condiciones económicas y del bienestar refleja la ingenua creencia contemporánea de que virtualmente todos los aspectos de la vida personal y social pueden reducirse significativamente a simples expresiones cuantitativas, inteligibles para todos.

Los problemas básicos del concepto, la medición y la comparación de ingresos y de niveles de vida son ignorados en las aseveraciones referentes a la existencia de una brecha creciente, en los que no resulta claro lo que es la brecha, entre quienes existe y durante qué período se supone que aumenta. La afirmación de que la brecha es cada vez mayor no suele ser, en efecto, otra cosa que una consigna lanzada por motivos políticos.

Causas y estadísticas

Finalmente, aun cuando la brecha entre los ingresos y niveles de vida de poblaciones diferentes, así como su extensión y su dirección, estuviesen definidas con claridad en un período determinado, y aun cuando, además, se hubiesen reconocido y superado los problemas conceptuales básicos (condiciones cuyo cumplimiento es casi inverosímil), la información estadística seguiría sin revelar nada acerca de las causas ni de los cambios probables de las diferencias internacionales de ingresos. Ni es tampoco posible evaluar, a base de las estadísticas, las ventajas o implicaciones de las diferentes medidas políticas destinadas a reducir esas diferencias.

«Se dice que Lenin proclamó que el mejor modo de destruir el sistema capitalista era el de envilecer la moneda. A través de un proceso continuo de inflación, los gobiernos pueden confiscar, en forma secreta y desapercibida, una parte importante de la riqueza de sus ciudadanos. Por este método no sólo confiscan, sino que confiscan arbitrariamente; y en tanto que el proceso empobrece a muchos, enriquece de hecho a algunos... Cuando La inflación prosigue y el valor real del dinero fluctúa violentamente de un mes a otro, todas Las relaciones permanentes entre deudores y acreedores, que constituyen el último asiento del capitalismo, se hacen tan enteramente desordenadas que pierden prácticamente el sentido; y el proceso de creación de riqueza degenera en un juego y una lotería.
JOHN MAYNARD KEYNES

¿SE PODRÁ PRESCINDIR DEL SECTOR PRIVADO?

EL SECTOR PRIVADO PRODUCE:

1) Todos los alimentos que se producen
2) Toda la ropa que se produces
3) Toda la ropa que se produce
4) Todos los impuestos con que a su vez se pagan:

a) Los sueldos de todos los trabajadores del Estado los tres poderes desde el más al menos importante
b) Las inversiones del Estado, como caminos, hospitales, etc.
c) Las pérdidas de las empresas del Estado
d) Las deudas del país
e) Sostenimiento de la Universidad de San Carlos
f) Todas las escuelas públicas
g) Los hospitales públicos.
5) Todos los salarios del país, (los de las burocracias a través de impuestos y los demás directamente)
6) El capital para invertir en nuevas fuentes de empleo, de producción y de impuestos.

---

(1) «The Transport Bias la National Income Comparations», en Económica, Mayo 1963, pág 140

(2) Esta incomparabilidad constituye un tema principal de un trabajo penetrante e indebidamente olvidado del Profesor Frankel: «Concepts of Income and Welfare and the Inter-comparability of National Income Aggregates», en The Economic Impact on Underdeveloped Countries, Oxford, 1953.